

LA VANGUARDIA

DE LOS ORIGINALES, RESPONDEN
SUS AUTORES

REDACCIÓN É IMPRENTA
Reina Regente n.º 17.

Suscripción 0'50 ptas. al mes
Anuncios, precios convencionales.

Mirando al porvenir

Las aguas potables

La variación introducida por el gobierno con la adopción del nuevo año económico que comenzará en Abril de cada año, y que, como es natural, ha obligado en este primer ejercicio a la prolongación por un trimestre de los presupuestos de 1918, ha impuesto un forzoso paréntesis a la administración local en toda España, imposibilitando y defiriendo la implantación de toda clase de reformas y mejoras que se habían tenido en cuenta al confeccionar los presupuestos para 1919 que no comenzarán a regir hasta primero de Abril próximo.

Esto que podrá demorar y retardar un tanto la implantación de las proyectadas mejoras, vendrá, en cambio, a dar tiempo para estudiar con detenimiento los medios más adecuados para llevar a cabo la realización de aquellas, en la forma más práctica, más conveniente, más económica y más útil al bien general.

En Cieza, por ejemplo, donde son varias las mejoras proyectadas y para las que existe consignación en el nuevo presupuesto, puede aprovecharse este tiempo en seleccionar habilmente y con vistas a la mayor necesidad del pueblo, las que más urgentemente apremian, escalonándolas con acierto para que lo mejor preceda a lo bueno, lo necesario a lo útil, lo general a lo particular y lo utilitario a lo de pura conveniencia u ornato.

De entre todas las mejoras en proyecto, con ser algunas tan urgentes como la construcción de una plaza de abastos y otras no menos importantes, ninguna puede disputar la preferencia a la dotación de aguas potables a la población sin la que es inútil cuanto se intente en Cieza respecto a salubridad e higiene pública y privada.

Municipalizar el servicio de dotación de agua potable y abundante a nuestro pueblo, es la mejora más grande y trascendental que puede acometerse y de la cual ha de quedar imperecedero recuerdo, porque ella representa la transformación de nuestra modesta y rutinaria villa en urbe sana, limpia, higiénica y progresiva.

Figuraos una población donde las fuentes públicas profusamente diseminadas surten de agua abundante y rica a todo el vecindario, libremente gratuitamente; donde los particulares, por módico estipendio tienen en sus casas sendas plumas de agua para su servicio; donde las plazas, paseos y jardines tienen amplia dotación

del líquido elemento, vivificador de hermosos parques y frondosas alamedas; donde una buena red de alcantarilla, dotada del agua necesaria, recoge de las casas la detritus nauseabundos de las cloacas y sumideros, arrastrándolos lejos para evitar sus delectéreas emanaciones y perjudiciales efectos; donde hay registros en todas las vías para rociado de las mismas y para el servicio de incendios; donde se multiplican los balnearios y lavaderos públicos, brindando higiene y comodidad al vecindario; y decidme si no quedaríais encantados de esa población, admirándola y envidiándola.

Pues esa es la Cieza del porvenir, cuando el Municipio dé cima a la empresa gigantesca hace algún tiempo acometida por algunos ilusos, continuada después patrióticamente por todos y hoy próxima a convertirse en una hermosa realidad.

Entendemos, pues, que nuestro Ayuntamiento debe dar lugar preferente a ésta, sobre todas las mejoras que tiene en proyecto, porque ella es imperiosamente necesaria, altamente beneficiosa y al mismo tiempo utilitaria y reproductiva.

En estos tres meses que el acaso ha proporcionado, debe estudiarse con ahinco y con cariño el problema y acometer en seguida con decisión y valentía su realización, sin parar mientes en lo costoso y arduo de la empresa.

La fé allana las montañas.

SECCIÓN LITERARIA

Los grandes educadores

Montaigne

El siglo XVI, importante y trascendental en el desarrollo de la ciencia pedagógica, señala nuevas manifestaciones al pensamiento y dá a la educación, aunque solo sea en teoría, cierto carácter de liberalidad e independencia que hace más extenso y fecundo el campo de la investigación. A la penumbra que envolvía el espíritu en la Edad media suceden las luces del Renacimiento que disipando las abstracciones del silogismo escolástico, anuncian el albor de una gran mañana, cuajada de idealidad poética, que parece, por el cúmulo de sus bellezas, la hermosa floración de un mágico jardín oriental de flores de ensueño.

El soplo del siglo levanta con su impetu de un ambiente recargado de quimeras el principio de educación, dádole todos los atributos y la soberana majestad de una entelequia, que afanosa busca las regiones del ideal. La batalla es decisiva: el verbalismo de la dialéctica va a ser sustituido por el estudio fundamental del niño. El hombre se dispone a conquistar los fueros de su personalidad ciudadana, y la colectividad social ansiosa de ascender en la escala de Jacob, sacude la herrumbre de sus tradiciones y vislumbra, a través de sus nobles aspiraciones, la Ciudad futura. El cierzo de

la redención humana penetra en los abismos del espíritu y despierta dulces emociones; las trompetas del progreso lienden en sublimes accents los espacios y en armonioso concierto que semeja la perspectiva viviente de un torbellino de notas arrancadas a laudes de cristal y arpas de oro, elevan himno triunfal al porvenir, lleno de encantos y de ventura... es el Renacimiento que abre con dedos de rosa las puertas del olimpo pagano de la ciencia y en nobles combates del alma colectiva, enciende con asombrosa fuerza dinámica las divinas antorchas que, entre canastillos de flores, luce en forma de finísima lluvia de plata la carroza angusta de la civilización.

Este movimiento innovador, no exento de defectos, absorbe la moral de la época y mediante continuas reacciones del espíritu social engendra, entre una pléyade de hablistas e ideólogos, tres varones singulares, triada luminosa de la pedagogía en este siglo: Erasmo, el erudito humanista; Rabelais, «el gran burlón de Francia» según frase de Bacon, y Montaigne, el célebre autor de *Ensayos*.

Los trabajos de la compañía de Jesús en los albores de su nacimiento; la labor del célebre colegio de Estrasburgo; las brillantes lecciones de Ramus y, sobre todo, la propia y natural expansión del pensamiento colectivo, preparan el ánimo de la sociedad a recibir las atrevidas doctrinas del ondulante y complejo Miguel Eyquem, genuino precursor e inspirador del escepticismo que preconiza Pedro Bayle.

Si el afamado alcalde de Burdeos no es un pedagogo en el concepto técnico de la palabra, tiene, sin embargo, en pedagogía toda la rica variedad de un paisaje, donde se confunden las flores con las asperezas del terreno; los luminosos colores con la opacidad de las sombras. Es una mezcla extraña de discreción y energía, tendencias mesuradas y arrebatos pasionales. Por eso ocupa un lugar intermedio entre Erasmo, cultivador ferviente y exclusivo de las bellas letras y Rabelais, incansable propagador y defensor de una cultura genetal superior en todo caso a la resistencia del alumno. Dotado de excepcionales condiciones y precoz en grado sumo, a la edad de seis años entra en el Colegio de Cuyenne, donde comienza a fulgurar la luz de su genio. Más tarde estudia Derecho, atempera su espíritu a las corrientes psicológicas que presiden la vida de los pueblos y, en plena madurez de juicio publica sus *Ensayos*, obra en la que se manifiesta de modo evidente la complejidad de su alma inquieta, sugestionada por los prestigios de la antigüedad y las grandezas del porvenir.

«Que el niño aprenda primero por qué medios llegará a ser mejor y más sabio, y luego se le enseñará lo que es Lógica, Física, Geometría y Retórica». «No quiera el maestro ser el único que investigue y hable, sino que debe escuchar a su discípulo». He aquí el valor intrínseco, el espíritu, por así decirlo, de la pedagogía de Montaigne; pedagogía indulgente, benévola, práctica, libre del recargo libresco que caracteriza la de Rabelais, y conforme con las ansias de vida que espontánea y naturalmente exprese la actividad naciente del niño.

Finalmente, Rabelais preconiza y crea el *realismo individualista*; Rabelais se muestra audaz, Montaigne ordenado; Rabelais es insaciable, Montaigne previsor; Rabelais dá a la educación un carácter francamente liberal, Montaigne, utilitario como Sócrates, lucha contra los prejuicios existentes y destruye la influencia ascética y autoritaria de la educación escolástica y medioeval. Y mientras Rabelais no respeta

las leyes de un crecimiento físico gradual y armónico, Montaigne mide la resistencia del educando. Esta es la razón por la que Rabelais se sienta, al decir de Compiègne al banquete de la ciencia con una avidez que recuerda la glotonería de las comidas pantagruélicas, mientras Montaigne es delicado gastrónomo que quiere solamente satisfacer con discreción un apetito moderado.

Brunetiére llama a Montaigne espíritu contradictorio; otros, mal avenidos, le consideran moteándole, un vagabundo espiritual; Menenchet y Reaume le saludan como a un evangelista de la educación. Se podría definir más exactamente al autor de *Ensayos* diciendo que ha sido el pedagogo de la moderación, de la enseñanza sugestiva. Venció, no cabe duda, a los cultivadores de la perifrasis y redujo a ínfima condición a los enamorados del sofisma. Su dulzura suave inicia un movimiento nuevo en el campo de la educación. Y, aun cuando resulta detestable hablando de la mujer y de los hijos, ha sido, en cambio, el candillo de una idea propulsora llena de vigor y de pujanza. Charron, Locke, los jansenistas, Pestalozzi, Herbart, los solitarios de Port-Royal y otros, experimentaron la acción intensa de su obra demoleadora. Montaigne pertenece, con sus defectos, a la suprema jerarquía de los apóstoles de la educación; y sus métodos, a pesar de los lunares que en ellos se observan, dejarán sentir su influencia a través de los tiempos, en el vasto horizonte de la pedagogía, de igual manera que en la vida de la jurisprudencia se agita todavía el espíritu senil de Roma y en el mundo del arte palpitan, con empuje dominador, los alientos inspiradores y fecundos del glorioso pueblo ateniense.

Luis CARRASCO GÓMEZ.

Abarán.

Mis rapsodias

II

Creando Símbolos

PREÁMBULO

... El preludio, había terminado. Los timbres, sonaban nerviosamente. Se encendieron las baterías, y un siséo prolongado apagó ruidos de pláticas y charloteos.

Asciende el telón, lenta, pausadamente; y un silencio religioso, sucede sin transición, al barullo del auditorio. El esconario está dispuesto con rígida severidad. Es un saloncito cerrado al que dá acceso una puerta disimulada con tapiz régio, que reproduce soberbiamente un cuadro histórico, La Rendición de Granada. Las paredes están decoradas de blanco cisne con dorado brocado.

En su parte central, exhibenes alegorías musicales. Al frente, Wagner medita sentado sobre un escabel. Su cabeza, está cubierta por la clásica boina que le caracteriza. Descansa su mano derecha sobre el teclado de un Clave, mientras que la izquierda reclinada sobre la caja de resonancia, sostiene su frente amplia y rugosa. La vista, escruta soñadora en las alturas y allá sobre el ángulo del